



ADMINISTRACIÓN
50, PLAZA DE TETUÁN, 50
BARCELONA

IRIS

DIRECCIÓN Y REDACCIÓN
50, PLAZA DE TETUÁN, 50
BARCELONA

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

AÑO II

BARCELONA 12 MAYO 1900

NÚM. 53

SE PUBLICA TODOS LOS SÁBADOS * 25 CÉNTIMOS NÚMERO CORRIENTE * PORTUGAL 60 REIS

REMEDIO SEGURO É INFALIBLE CONTRA LOS CALLOS

PREPARADO POR EL

doctor **LADIVONSIM**

Este preparado, verdadero rey de los callicidas, no tiene rival, ni análogo, entre tantos otros como se anuncian, pues su absoluta eficacia resulta plenamente confirmada por millares de casos, sin una sola excepción. Gracias al remedio del doctor Ladivonsim podemos contar hoy con la seguridad de la *curación radical* de una dolencia que tanto molesta y aflije á la humanidad, haciendo padecer á veces seriamente. El empleo de este callicida es tan fácil como inofensivo, recomendándose además por su limpieza. La curación se obtiene en corto tiempo, de manera que no vacilamos en afirmar que cuantos lo usen por primera vez se habrán de convertir en agradecidísimos propagadores de su incomparable eficacia, como lo vienen siendo cuantos lo han empleado hasta el presente.

DE VENTA: En las principales farmacias, droguerías y zapaterías de Europa y América.

ÚNICO AGENTE EN ESPAÑA:

Bailen, 85, 1.º, 2.º—BARCELONA



LA LEYENDA DE LOS CIELOS

POR

DON JOSÉ COROLEU

47 cuadernos, que forman 2 tomos, y encuadernada con tapas especiales, 57 ptas.



CUENTOS ESCOGIDOS

POR

VARIOS AUTORES

Ilustrados con magníficos grabados.—Un tomo en tela, 5 pesetas.

Ayuntamiento de Madrid



LA MAJAZA VESTIDA



LAS MAROLAS EN EL BALCÓN



LAS MOZAS DE CÁNTARO

estudiar sus costumbres. Goya levantó una nueva bandera; fué realista en medio de las bucólicas y noñeces de los sectarios de Mengs; fué ardiente y arrebatado al lado de los cantores de *rosicleros* y *tomillos*. ¿De quién

deriva Goya? De nadie, es él; fué el precursor de los coloristas de hoy en día, el artista enamorado de la verdad, el vengador de los oprimidos, el brutal retador de los tradicionalistas, que iban á gusto en el machito de la más abominable rutina.



LA BODA, (cartón para tapiz)

ALFREDO OPISSO



CORRIDA DE TOROS



LA INQUISICIÓN



EL CONJURO



I

Revolviendo un montón de libros viejos, halló el estudiante Pablo Retortas un volúmen de brujería. Comprólo, llevólo a su casa, y púsose á leerlo con atención grandísima. Trataba el librito de magia negra, esto es, de la evocación de los diablos, y de sus pactos con ellos.

Y, empezada la lectura por mera curiosidad, fué acabada, dejando al estudiante profundamente pensativo.

—¡Aquí tengo lo que busco!—exclamó Pablo, cerrando el libro.—Ahora veré si es verdad lo que aquí se dice.

Y poniéndose en medio de su habitación, trazó en el suelo con una vara, á su alrededor, dos círculos concéntricos, y, entre ellos, varias de las palabras misteriosas que en el libro se apuntaban para atraer á los espíritus malos.

El exorcismo del estudiante produjo su efecto. Apareciósele en el acto un diablo.

—¿Qué quieres de mí?—le dijo el enviado del Averno.

No por haber provocado aquel lance, se libró Pablo de la estupefacción que le ocasionó la presencia del demonio.

Era el tal de la misma espantable catadura con que la imaginación lo retrata. Cuerpo peludo, cuernos retorcidos, orejas puntiagudas, alas de murciélago, rabo largo y enroscado, cejas circunflejas, nariz aguzada y corba, barbilla estafalaria, labios burlones y ojos picarescos.

—Te he llamado,—replicó el estudiante, recobrando ánimos,—para que seas mi protector.

—Habla,—dijo el diablo, sentándose agilmente en el suelo.

No estaba el bueno de Retortas para prolongados discursos; así es que pronunció estas solas breves palabras:

—Estoy cansado de luchar, aunque soy joven, y deseo realizar, sin más esfuerzo, todos mis sueños.

—Se cumplirá tu deseo,—contestó el diablo.—Pero no olvides que á mí deberás en adelante todas tus venturas.

Y el representante del infierno se desvaneció como el humo en el aire, quedando Pablo entre contento y penosamente preocupado.

II

—Sin el lastre del dinero es imposible gobernarse bien en el mundo,—dijo Pablo.—Veré si el diablo no ha mentido. Probaré fortuna en el juego.

Y con dos pesetas que tenía, entró en un garito.

Era de noche. En torno de dilatada mesa agrupábanse treinta ó cuarenta hombres. La luz de dos lámparas que colgaban del techo, protegidas por pantallas verdes, se derramaba sobre la vasta superficie, donde se extendían las cartas, á cuyos lados se ostentaban los montoncitos de monedas, símbolo de las angustiosas esperanzas de los jugadores. Todos ellos tenían fijos los ojos en el misterioso y callado drama que se representaba sobre la mesa. Junto al banquero, alzábanse grandes puñados de dinero.

Puso Pablo sus dos pesetas á una carta, y ganó; repitió, y ganó otra vez. Y así sucesivamente fué alcanzando victorias, hasta que, llenos los bolsillos de oro y plata, y satisfecho por el momento, salió á la calle.

—No me ha engañado el diablo,—pensó.—Ahora buscaré la felicidad en otra parte.

Aun era hora para ir á las sastrerías. Pablo adquirió en una de ellas un traje elegante y costoso. Y vistiéndose, se echó á la calle, poniendo su pensamiento en el ideal de toda alma joven, en el amor.

No quería perder tiempo para el goce. Había sufrido mucho en sus todavía no largos años de vida.



Presentábasele el porvenir lleno de abismos, de negruras, de desesperaciones. Y, aunque venciera en todos los combates, sin duda no se ceñiría el laurel sino cuando en sus sienes blanquearan las canas. Ahora no habría nieve en su cabeza ni en su pecho. Su sangre hervía. Su imaginación fulguraba. Su corazón latía con ímpetu. Mas, hasta entonces, había sido el estudiante, pobre y desdichado, como una poderosa máquina, parada por falta de vapor, una fuerza reconcentrada que se consumía no encontrando salida.

—Yo no soy avaro,—iba diciendo entre sí por la calle Pablo.—¿Para qué quiero el dinero? El dinero no es nada sino se le emplea en nuestras aventuras. El oro ni se come, ni se bebe, ni sirve para cubrirnos como ropa, ni nos produce un trasporte de delicioso afecto. Mas, con el dinero se consigue todo. No es un bien, es un medio para el bien... ¡Viva el diablo que me ha hecho rico!... Pero, yo no deseo ser solamente rico. Ambiciono ser feliz, ser amado por una mujer adorada.

Y sediento de dicha, sin esperar á mañana, aquella misma noche, lindamente aderezado, se encaminó á un teatro, con la esperanza de hallar allí, entre el público, al ser encantador que había de satisfacer sus ansiedades amorosas.

III

Y ¡oh, amigos míos!, sus deseos no salieron fallidos. En la butaca inmediata á la suya había una señorita verdaderamente hechicera. Acompañábale un señor respetable, su padre. A las primeras miradas que se cambiaron entre la joven y Pablo, comprendió éste que había infundido en aquel pecho virginal una pasión loca.

Durante un entreacto, el estudiante pudo hablar con la hermosa niña. El padre, por caso extraño, sin conocer á Pablo, dejósela confiada, mientras iba á saludar á un amigo en un palco.

—Cecilia,—dijo á su hija.—Te dejo con este caballero, que me merece toda confianza.

Y Pablo, desplegando una elocuencia fascinadora, que él propio no había sospechado de que fuera capaz nunca, convenció á Cecilia que debía huir con él.

Y, aunque pareciera inverosímil, huyeron ambos.

Mas, cuando había tocado con su mano el cielo deseado, vió que su corazón no se hallaba satisfecho.

—¿Es esta toda la felicidad que existe en la tierra?—dijo con amargura.

Y creyéndose burlado por el diablo, invocó de nuevo, y de nuevo el diablo volvió á aparecersele.

—¿Qué se te ofrece?—gruñó el demonio.

—Se me ofrece,—replicó el estudiante en acento furioso,—se me ofrece decirte que eres un impostor.

—No sé por qué,—repuso el diablo.—Deseaste dinero, y te proporcioné una fortuna. Anhelaste amor, y puse en tus brazos una flor divina...

—Sí; todo eso es cierto,—contestó el estudiante.—Pero no me has dado la felicidad. Sigo tan desgraciado como siempre.

—Es que has olvidado mi advertencia,—objetó el demonio.—Dije que realizarías tus deseos, sin que tú te esforzaras por lograrlos. He cumplido mi palabra. Pero, como la felicidad no viene por medio del mal, ni por fáciles caminos, sino que se estima en razón de las dificultades que cuesta alcanzarla, de ahí que continúes tan desdichado como antes.

IV

Y retorciéndose de desesperación el estudiante, sintió como un sacudimiento en todo su organismo, hallándose sentado en su sillón, y aun con el libro de brujería en las manos.

Miró, y la claridad del día penetraba en su aposento.

El diablo habíase desvanecido.

Recogió un poco sus pensamientos, y dijo con tristeza:

—¿He soñado? Lo ignoro. Pero sea sueño, ó sea realidad lo que he visto y hecho, me servirá de lección. Ya sé que para apreciar la felicidad es menester pasar por la desventura como para dar estimación al sustento es preciso antes haber tenido hambre.

Ello es que el estudiante pareció desde entonces otro hombre. Terminó su carrera, y ya en posesión del título trabajó ahincadamente para abrirse paso entre sus colegas y competidores, hasta aventarles en saber y habilidad. Pablo era ingeniero químico y á fuerza de perseverancia logró hacerse dueño de una fábrica y allegar una fortuna. En cuanto á la felicidad que pretendía hallar en el amor no le costó poco. Prendado locamente de una señorita de la

aristocracia tuvo que luchar como un desesperado para vencer primero la resistencia de la joven, educada en medio de las preocupaciones de su raza y no poco aferrada á la idea de pertenecer á una casta diferente del común de los mortales. Pero esto sólo fué la primera parte, pues una vez alcanzado el dulce sí, vino la oposición formidable de la familia, que en manera alguna quería consentir en dar autorización para el enlace. Fortuna fué que la novia de Pablo se allanara á dejarse secuestrar por la autoridad judicial para que pudiera tener efecto el casamiento.

Si Pablo, pues, consiguió llegar á rico y ser feliz esposo sus trabajos le costó; cada duro representaba para él un esfuerzo, vigiliass, estudios, riesgos; cada beso le recordaba un suspiro, una contrariedad vencida, un expediente ingenioso, una batalla encarnizada contra la orgullosa resistencia de la familia de su mujer. Y así pudo Pablo ser dichoso, con la conciencia de lo que le había costado llegar á serlo.

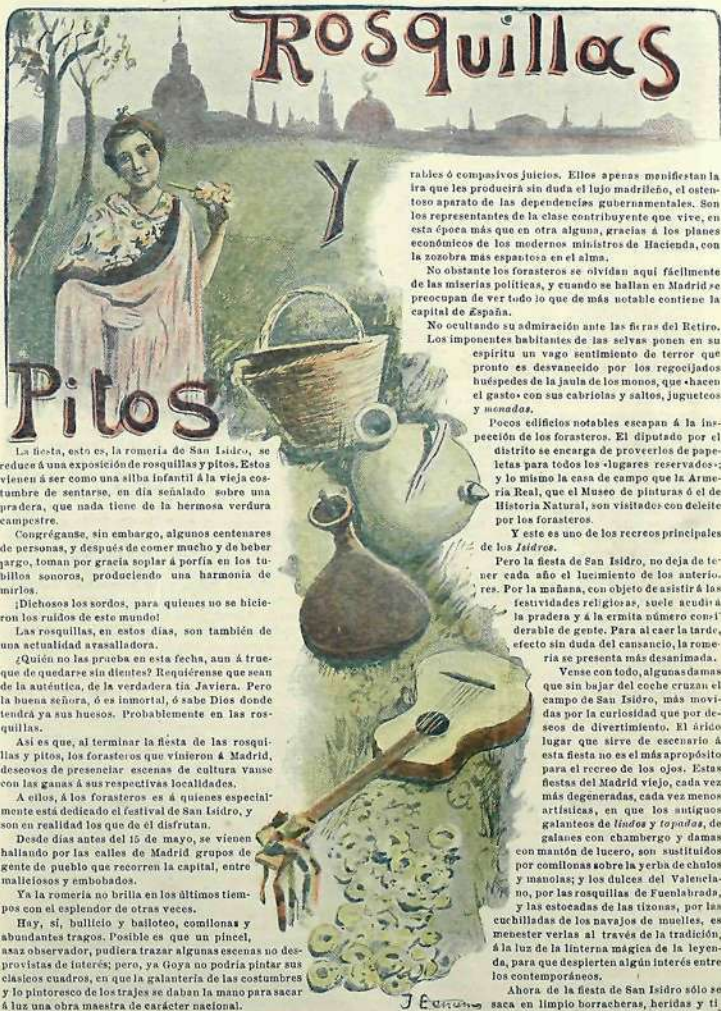
JOSÉ DE SILES





LA ROMERIA DE SAN ISIDRO

Ayuntamiento de Madrid



La fiesta, esto es, la romería de San Isidro, se reduce á una exposición de rosquillas y pitos. Estos vienen á ser como una silba infantil á la vieja costumbre de sentarse, en día señalado, sobre una pradera, que nada tiene de la hermosa verdura campestre.

Congréganse, sin embargo, algunos centenares de personas, y después de comer mucho y de beber jargo, toman por gracia soplar á perla en los tubillos sonoros, produciendo una harmonía de mirlos.

¡Dichosos los sordos, para quienes no se hicieron los ruidos de este mundo!

Las rosquillas, en estos días, son también de una actualidad avasalladora.

¿Quién no las prueba en esta fecha, aun á trueque de quedarse sin dientes? Requírense que sean de la auténtica, de la verdadera tía Javiera. Pero la buena señora, ó es inmortal, ó sabe Dios donde tendrá ya sus huesos. Probablemente en las rosquillas.

Así es que, al terminar la fiesta de las rosquillas y pitos, los forasteros que vinieron á Madrid, desearon de presenciar escenas de cultura vanae con las ganas á sus respectivas localidades.

A ellos, á los forasteros es á quienes especialmente está dedicado el festival de San Isidro, y son en realidad los que de él disfrutan.

Desde días antes del 15 de mayo, se vienen bailando por las calles de Madrid grupos de gente de pueblo que recorren la capital, entre maliciosos y embobados.

Ya la romería no brilla en los últimos tiempos con el esplendor de otras veces.

Hay, sí, bullicio y balletos, comilonas y abundantes trapeos. Posible es que un pintor, aza observador, pudiera trazar algunas escenas no desprovistas de interés; pero, ya Goya no podría pintar sus clásicos cuadros, en que la galantería de las costumbres y lo pintoresco de los trajes se daban la mano para sacar á luz una obra maestra de carácter nacional.

El lápiz del caricaturista es el que tiene ahora mayor empleo. El reproducir los trajes vistosos, los perfiles desgarrados, las escenas grotescas á que dan lugar los *Isidros*.

Sin embargo, bien merecen de las personas sensatas más favo-

rables ó compasivos juicios. Ellos apenas manifiestan la ira que les producirá sin duda el lujo madrileño, el ostentoso aparato de las dependencias gubernamentales. Son los representantes de la clase contribuyente que vive, en esta época más que en otra alguna, gracias á los planes económicos de los modernos ministros de Hacienda, con la zozobra más espantosa en el alma.

No obstante los forasteros se olvidan aquí fácilmente de las miserias políticas, y cuando se hallan en Madrid se preocupan de ver todo lo que de más notable contiene la capital de España.

No ocultando su admiración ante las firmas del Retiro. Los imponentes habitantes de las selvas ponen en su espíritu un vago sentimiento de terror que pronto es desvanecido por los regocijados huéspedes de la jaula de los monjes, que hacen el gasto con sus cabriolas y saltos, juguetes y monedas.

Pocos edificios notables escapan á la inspección de los forasteros. El diputado por el distrito se encarga de proveerlos de papeletas para todos los lugares reservados; y lo mismo la casa de campo que la Armería Real, que el Museo de pinturas ó el de Historia Natural, son visitados con deleite por los forasteros.

Y este es uno de los recreos principales de los *Isidros*.

Pero la fiesta de San Isidro, no deja de tener cada año el lucimiento de los anteriores. Por la mañana, con objeto de asistir á las festividades religiosas, suele acudir á la pradera y á la ermita adonde conlleva de gente. Para alcaer la tarde, efecto sin duda del cansancio, la romería se presenta más desanimada.

Vense con todo, algunas damas que sin bajar del coche cruzan el campo de San Isidro, más movidas por la curiosidad que por el deseo de divertimento. El árido lugar que sirve de escenario á esta fiesta no es el más apropiado para el recreo de los ojos. Estas fiestas del Madrid viejo, cada vez más degeneradas, cada vez menos artísticas, en que los antiguos gigantes de linfa y troncos, de galanes con chambergo y damas con mantón de lucero, son sustituidos por comilonas sobre la yerba de cholos y manolas; y los dulces del Valenciano, por las rosquillas de Fuenlabrada, y las estocadas de las tizonas, por las curchilladas de los carajos de muelles, es menester verlas á través de la tradición, á la luz de la lúgubre magia de la leyenda, para que despierten algún interés entre los contemporáneos.

Ahora de la fiesta de San Isidro sólo se saca en limpio horracheras, heridas y ti-mes. Estos, en especialidad, tienen su época más floreciente en estos clásicos días de las tradicionales rosquillas y pitos.

JULIO ESQUIVEL

Ayuntamiento de Madrid



Es una de las fiestas más hermosas que puede celebrar el alma. Cuando todavía, por razón de los pocos años, apenas se han tocado las impuras realidades de la tierra y se está por el pensamiento, no ensombrecido con manchas mundanas, tan cerca del cielo, la primera comunión inunda nuestro espíritu de una luz, de una alegría, de un placer místico que después no volveremos á sentir en la existencia.

¡Con qué fe, con qué entusiasmo, con qué íntimo alborozo nos preparamos para este acto solemne! Es la primera vez que el cuerpo de Cristo, simbolizado en la immaculada hostia, va á mezclarse en misterioso lazo con nuestro misero cuerpo. Es la primera vez que vamos á recibir á Dios mismo, tan infinito, tan bueno, tan sabio, en el seno de nuestra flaca, efímera y torpe naturaleza. Y no es una unión en idea, sino evidente y sensible. Aquel día han de circular por nuestra sangre partículas de bendición, alimento sagrado, que no por pequeño en la forma, dejará de irradiar salud espiritual por todo nuestro ser. Como se ha de alojar á huésped tan excelso en morada tan humilde hay que, por lo menos, limpiarla y asearla y disponerla con el decoro apetecido. Así es que nuestra alma, por muy llena que esté de blancuras de inocencias, se esmera en todas las pulcritudes posibles. Y no digo que deseando expulsar todo pecado, sino aun la más leve huella de él, se esfuerza en borrarla, registrando los más hondos rincones, para que en ellos penetre el sol de la religión y sean purificados en el crisol de la penitencia.

Todos recordamos con dulzura, no exenta de cierta melancólica tristeza, esa fecha dichosa. Era una mañana de primavera. El templo veíase iluminado de claridades celestes: en los altares, como vivientes incensarios, exhalaban sus suaves perfumes los ramos de flores; aun hasta el interior del sublime recinto llegaban los cantos de los pájaros

que revoloteaban al rededor de la torre haciendo coro á los volteos de las regocijadas campanas que anunciaban la resurrección de Dios y de la Naturaleza. Nosotros íbamos cogidos de la mano de mamá, de aquella santa mujer que acaso no había de acompañarnos después en todo el largo calvario de la vida, y nos acercábamos con emoción inefable al imponente comulgatorio, á la gloriosa mesa donde se repartía el pan del alma.

También, entre nosotros, se aproximaba alguna niña, toda vestida de blanco, con gasas en el traje, con flores de azahar en la cabeza y en el pecho, igual que una desposada. En sus ojos brillaba la delicia más pura; en sus labios había temblores semejantes á suspiros al dejar escapar la mariposa de la oración hacia el cielo; en sus mejillas florecían las rosas de la virginidad risueña, como las tintas suaves de una aurora de mayo. Todo en ella era paz y gozo, candor y hermosura. Y la pequeña desposada recibía la hostia de manos del sacerdote, trémula de felicidad, convirtiéndose de niña en ángel, experimentando sensaciones tan inexplicables, tan profundas, tan embriagadoras, que ya nunca más podría sentir las en el mundo.

No; no es posible olvidar nada de esto.

Vendrán luego otras fiestas, las fiestas de la vanidad y de la locura, del placer sensual y de la alborotada carne; creeremos que gozamos, que nos divertimos, que somos felices; mientras dura el festín y el estruendo, acaso á nuestro rostro asome la risa, pensemos que, por el momento hemos alcanzado la ventura; pero, vendrá el día siguiente, y en nuestros ojos quizás haya llanto, náuseas en nuestra boca, remordimientos en nuestra conciencia. La primera comunión, en cambio, no nos dejará sino recuerdos de ternura. Por lo menos nos recordará que hemos sido niños, esto es, sencillos y buenos, allá en una época, desgraciadamente harto lejana, y que ya más no volverá.

SOTERO VARELA

Ayuntamiento de Madrid

La estampa milagrosa



Y una vieja que estaba presente
echóse á reír,
y les dijo: —Pues tiene remedio!
Y crézame á mí.
Tengo en casa una estampa bendita
del buen San Crispín,
que ha salvado lo menos á ochenta
que estaban así.
Le coloca en el sitio...

—Corriente,
no más que decir.
Traiga usted esa estampa.
—Al momento.

X sale de allí,
y se marcha la vieja á su casa.
Con ansia febril
del cajón de una mesa sacóla,
y dijo: —Héla aquí.
Vuelve á casa del otro. —Corriendo,

La mujer del maestro de escuela
de Cangas de Onís,
de repente se puso muy mala
allá por abril.
Asustado su esposo, á un chicuelo
le dijo: —Luis,
vete á casa del médico y díle
que venga ahora aquí.
Fué el doctor en seguida á la casa,
miró á la infeliz,
y exclamó: —¡Caracoles, presenta
la cosa un cariz!
—¿Qué es?
—Un cólico...
—¡Bah!
—¡Miserere!
—¡Por Dios, don Quisiotín!
Que si eso no tiene remedio...
—Pues es eso, sí.



ponedla... ¿Es ahí?
Y... ¡remedio eficaz! Á la hora
de estar en un tris,
se encontraba tan buena y tan sana
como antes de abril.
La mujer del maestro de escuela
de Cangas de Onís.
Pero ¡oh, lance chistoso! La estampa
que á aquella infeliz
dió la vida, no fué la bendita
del buen San Crispín;
que la vieja, al buscarla en la mesa
con ansia febril,
confundióla con otra que había...
¡X no fué jolín!
Al besarla el maestro, le dijo:
—¿Qué ha puesto usted ahí?
¡La cogida del Bamba en la plaza
de Valladolid!

FELIPE PÉREZ CAYO





—Niña, ese paso más corto y esos andares más vivos, — exclamó Juan el Zocato, al toparse en el camino con Pepa, la cual, parandose, le repuso:

—Pues de fijo que no cena usted esta noche y ni se queda dormido cavilando en mis andares.

—Ex má posible castigo! —Pues tome usted adormideras.

—Calle usted, si se ha perdido la cosecha, según dicen.

—Pues que le den á usted un tiro que sólo le toque al pelo.

—Si el que yo llevo es postizo,

si es un bisoñé, gitana;

si usted quiere me lo quito y lo ve.

—¡Qué novedades! Si dicen que en usted, hijo, todo es Judas Iscariote, desde el peio hasta el anillo que lleva usted en la corbata.

—¡Dios nos libre de un testigo falso y de una mala lengua! Pepa, en mí todo es legítimo: el terno, de lana durce, de oro de ley el cintillo, y el corazón de...

—Pamplinas para canarios y mistos de canarios.

—Vaya niña, menos de eso.

—Más le digo, —Pues váyase usted que es tarde, y no es cosa que el tío de los curruco de almendra se entere y cierre conmigo á currucazos.

—De menos nos hizo Dios, que nos hizo de una chispilla de polvo.

—Pues por eso yo le digo que dé suelta á los pinreles, y se vaya á su cortijo á cuidar de su alcornoque.

—¿De mí qué?

—De lo que he dicho.

¿Y usted qué va hacer, buen mozo?

—Pues yo irme á Martiricos á llorar.

—No haga usted eso que se va á salir el río de madre.

—Vaya, y de padre y de su tita y su tito y de sus primas hermanas.

—¿Y si se sale?

—Me tiro en él de cabeza. ¡Y vaya si se acabó mi martirio!

—Oiga usted, ¿y va usted á tirarse con el bisoñé y vestido?

—Con el bisoñé y el terno de lana durce.

—¡Qué frío va usted á pasar!

—Cá, lucero, en cuanto yo esté metido en el agua, grieve el agua,

porque yo llevo conmigo más calor que hace en el moro.

—¡Ay cuánto calor, Dios mío!

—Es que tengo calentura y el corazón hecho cisco de pasar pena y chingares de muerte y tengo el delirio.

—Y eso por qué, ¿por Teresa la Santurrona?

—Usted ha oído campana y no sabe dónde.

—¡Vaya si lo sé, si escrito me lo ha dado una gitana!

¡si yo no estoy en el limbo ni en Belén, si yo he dejado ya el bíberón hace un siglo!

—¡Olé, mi Matusalena!

—Si á mí me sobra sentío, si más que algunos despiertos saben algunos dormidos, si yo he visto lo que he visto, y sé que es usté un pelmazo con mucha miel en el pico y muchos entornamientos en el párpado, y muchísimo simbel pá cazar alondras, y que es usté más malito que un cólico miserere, y además lo que usté ha sido y lo que ha de ser mañana.

—¿Mañana? Como es domingo y no trabajo, apenitas el sol alumbra, me visto de pontifical, le saco á mi faca punta y filo,

y me voy á su ventana y me llevo en el bolsillo la merienda, por si acaso,

y de allí no me retiro hasta que los dos hablemos.

—No, ¡por Dios!, Excelentísimo señor Don Juan el Zocato,

que va á ocurrir un conflicto, ¡pudiera usted constiparse!

—Cá, si yo no me constipo.

—¿Y si Teresa se entera?

—Que se entere hasta el obispo de la diócesis, salero.

No me aparta de aquel sitio ni la giunta de las ánimas.

—Menos.

—Más.

—Menos le digo.

—Allá veremos.

—Veremos.

—Adios, Don Juan.

—Adios, ídolo.

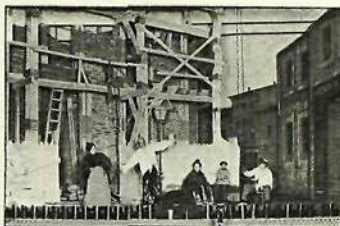
Y ese pasito más corto, y esos andares más vivos.

ARTURO REYES

TEATRO DE ELDORADO



ACTO I: CUADRO 1.º (Sta. Bordás, Sra. Sacanelles y Sr. Capsir)

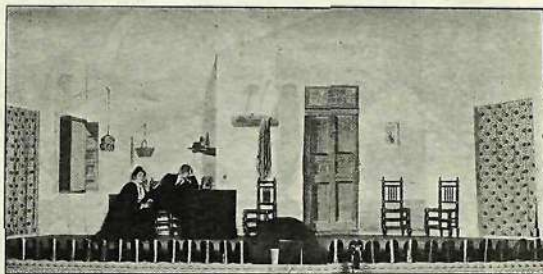


ACTO I (Sra. Sacanelles, Sta. Bordás, Sr. Gil y Sr. Capsir)

Con lisonjero éxito se viene representando en este favorecido coliseo la zarzuela, original de D. Carlos Arniches, con música del maestro Chapí, *La Cara de Dios*. El autor de la letra, muy apreciado por

algunas anteriores producciones de género chulo-sentimental, se ha apartado en su última obra de las corrientes porque se dejaba llevar, y ha escrito un verdadero melodrama, pero de castizo sabor español, que al efectismo de las obras de igual clase transpirenaicas añade una acertada reproducción de los tipos y costumbres genuinamente madrileños.

El maestro Chapí, que sin disputa y digase lo que se quiera, es hoy nuestro más inspirado y original compositor, ha puesto a la zarzuela una música muy adecuada y digna en todos conceptos de quien como él tiene firmadas *La Bruja*, *La Tempestad*, *El rey que robó y*



ACTO II: CUADRO 3.º (señorita Bordás y Sr. Capsir)



ACTO II: CUADRO 4.º (Sra. Sacanelles y Sr. Gil)

Curro Vargas. La interpretación por parte de la compañía de Eldorado es inmejorable, debiendo asimismo hacerse partícipe del éxito al pintor Sr. Urgellés, cuyas decoraciones son preciosas, sin excepción.

Es de alabar que, aunque lentamente, vaya cediendo su puesto el género chulo a otra suerte de manifestaciones del alma popular, pues era ya sobradamente pesado encontrarse eternamente con los mismos antipáticos y antiestéticos protagonistas. Pueden sacarse de nuestro pue-

blo infindad de estudios que nada tienen que ver con el gremio chulapón, perversa traducción de los *soiteneurs*, *voyous* y *marmittes* parisienses, incluso la *casquette* y los andares equivocados. PEDRO NORRIZ

Ayuntamiento de Madrid

TEATRO NOVEDADES

SOAREZ

M. PRINCIPI

E. VENEGONI

G. PASQUINI

A. COBARDI

A. ADORATI

P. FARCONI

D. ACCONCI

E. RAZZOLI

V. RAZZOLI

A. DANESI

M. ROMANO COLOMBO

Ayuntamiento de Madrid

LA
Bueno
La Seño
lones de
hagan a
tono, el
lujo y la
te de Lu
un histori
como M
tira de l
espantos
maldad
ocultos b
sailes y
dios por
por el P.
Bastar
mad os
acaba de
con el tit
ueno.

La seña
nacida en
de Paris
lina jud
papá, po
do libert
mano, p
su hija,
La schoi
go, no en
haber es
efectos d
visitaba
con dule
fermos, e
la eficac

En cues
taba el
cavenen
señorita
marques
las má
Voisin a
cesión, e
presar o
heredab
norantes
á diagn
centena
siendo g
todo el m
se tratat
cretó La
Cámara
sin apel
presos á
marques
vizconde
señores,
quienes
pechas d
ya verer

PEPITORIA

Solución del problema núm. 25

D A 4 A D 6, toma T (a)
 C D 7, jaque R D 5
 P E 4, jaque y mate.
 (a)
 R D 6, toma T
 D D 4, jaque Cualquiera
 T G 7, jaque y mate.

LA CORTE DEL REY SOL

Bueno está que *Cyrano de Bergerac* La *Scholar de la Vallière*, los noveles de Dumas y M. Brunetiere nos hagan admirar la guapeza, el buen tono, el ingenio, la civilización, el lujo la pompa majestuosa de la corte de Luis XIV, pero á lo mejor sale un historiador escrupulosísimo, que como M. Frantz Funck-Brentano, tira de la manta y nos hace ver la espantosa corrupción, la perversa maldad y el inconcebible horror ocultos bajo los artesonados de Versailles y veladísimo denunciados por Racine en sus tragedias y por el P. Bourdaloue en sus sermones.

Bastará con algunos ejemplos tomados del estudio histórico que acaba de publicar Funck-Brentano con el título de *Los dramas del veneno*.

La señorita Magdalena de Aubrey, nacida en 1630, hija del teniente civil de París y perteneciente á la más linajuda nobleza envenena á su papá, porque afeaba su desenfrenado libertinaje, envenena á su hermano, para heredarle, y envenena á su hija, por haberla llamado tonta. La señorita de Aubrey, sin embargo, no envenenó á su familia hasta haber estudiado perfectamente los efectos del arsénico, y á este efecto visitaba los hospitales obsequiando con dulces envenenados á los enfermos, en los cuales experimentaba la eficacia del tóxico.

En cuanto se supo lo bien que mataba el arsénico, fueron legión los envenenadores de ambos sexos; la señorita de Aubrey hizo escuela. La marquesa de Brinvilliers fué una de las más distinguidas asesinas; la Voisin abrió tienda de *polvos de sucesión*, elegante enfamismo para expresar que con aquellos polvos se heredaba pronto. Los médicos, ignorantes en extremo, no acertaban á *diagnosticar* el mal de que morían centenares de personas, hasta que siendo general el terror, y teniendo todo el mundo la convicción de que se trataba de envenenamientos decretó Luis XIV la creación de la *Cámara Ardiente* que debía juzgar sin apelación. La policía se llevó presos á innumerables marqueses y marquesas, burgueses y burguesas, vizcondes y vizcondesas, damas, señores, consejeros, etc., etc., de quienes se abrigaban fundadas sospechas de ser envenenadores, pero ya veremos como acabó eso.

Renovábase con sobrada frecuencia el harem del abuelo de Felipe V, y madame de Montespan no se gababa temerosa de verse vencida por la La Vallière, ó la Soubise, ó la Fontanges. Ansiaba, por lo mismo, tener *couches royales* para asegurarse, y con este objeto se fué á ver á la Voisin. Allí, rodeada de unos cuantos presidiarios, curas renegados, asesinos y bandidos se hizo decir la *misa negra*; sacrilega parodia de la misa católica. Decíala un tal Guibourg, en circunstancias que vale más no mentar, y al llegar el momento de la comunión, Guibourg mató á un niño que había comprado por un escudo, ó sea quince francos, y la Montespan bebió su sangre en el cáliz. Este *holocausto* se repitió otras veces, pues la Montespan hizo decir muchas misas negras. La cosa se descubrió, y como si se castigaba á los procesados por la *Cámara Ardiente* había que hacer lo mismo con la Montespan, Luis XIV mandó echar tierra sobre el asunto.

Tales eran las cosas que pasaban bajo el Gran Rey, en aquel siglo de autoridad, de fe, de religión de Estado, de honrada burguesía, de sana educación, de heroicas tradiciones, y es lo bueno que nadie parecía escandalizarse en demasía. Madame de Sevigné se guaseaba al referirle á su hija aquellos crímenes, y el pueblo estúpido se empeñó en que la marquesa de Brinvilliers, degollada por el verdugo, había muerto en olor de santidad.

UNA OPINIÓN DEL P. MARIANA

Hablando el preclaro historiador talaverano del estado de espantosa desmoralización en que se hallaba España en su tiempo, escribía: «Para remediar estos males, bien se entiende que presta poco lo que en España se hace, digo en Castilla, que es llamar á los procuradores á Cortes; porque los más dellos son poco á propósito, como sacados por suerte y gente de poco ajobo en todo, y

que van resueltos, á costa del pueblo miserable, de llenar sus bolsillos; demás que las negociaciones son tales, que darían en tierra con los cedros del Líbano. Bien lo entendemos, y que como van las cosas, ninguna querrá el Príncipe á que no se rindan; y que será mejor, para excusar cohechos y costas, que nunca allá fuesen ni se jantasen.»

Qual en la lucha, pam, pom, pam, pim! caen los hombres y los caballos, así destruye todos los callos el callicida LADIVONSIM.

El gran médico Tomás Sydenham (1624-1689), llamado el *Hippócrates inglés*, ejerció diez y seis años sin graduarse de doctor; no fué individuo del Colegio de Médicos de Londres, ni pisó jamás los salones de la corte, que no le perdonaba haber sido uno de los más malos de Cromwell.

CHARADA



JEROGLÍFICO COMPRIMIDO

NA

ZO

Las soluciones en el próximo número.

SOLUCIONES

á los pasatiempos del número anterior

Jeroglífico.—Pastora.
Charada.—Paco.

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA. * INSCRIBIÓSE ÉL N.º, NO SE DEBE VUELVER NINGÚN ORIGINAL.

ESTABLECIMIENTO TIPOLITOGRAFICO EDITORIAL DE RAMON MOLINAS: PLAZA DE TETUAN, 50.—BARCELONA

Ayuntamiento de Madrid



Ayuntamiento de Madrid